

El 5 de julio de 1996 mi hija se volvió loca. Tenía quince años y su desmoronamiento marcó un momento crucial en la vida de ambos. «Me siento como si estuviera viajando sin parar, sin ningún sitio al que volver», dijo en un momento de lucidez, mientras se dirigía hacia algún lugar que yo no era capaz de soñar o imaginar. Yo quería agarrarla y hacerla regresar, pero no había retorno. De repente, toda posible comunicación entre los dos se había desvanecido. Parecía imposible. Ella había aprendido a hablar conmigo; había oído sus primeros cuentos de mí. Experiencias indelebles, pensaba yo. Y, sin embargo, de la noche a la mañana, nos habíamos convertido en unos extraños.

Mi primer impulso fue echarme la culpa. Como era previsible, traté de averiguar los errores que había cometido, en qué le había fallado; pero eso no era suficiente para explicar lo que había pasado. Nada lo era. Durante un tiempo deposité mis esperanzas en los médicos, y entonces comprendí que, aparte de la relativamente estrecha realidad clínica de sus síntomas, los doctores apenas sabían más de su enfermedad que yo. Los mecanismos que subyacen en las psicosis, descubriría, siguen estando tan envueltos en el misterio como lo han estado siempre. Y aunque esto dejaba pocas espe-

ranzas inmediatas de curación, indicaba secretos más hondos.

Es una especie de sacrilegio hoy en día hablar de la locura como si fuera algo menos que la enfermedad química cerebral que es a cierto nivel. Pero había momentos con mi hija en que tenía la angustiosa sensación de estar en presencia de una rara fuerza de la naturaleza, como una gran ventisca o inundación: destructiva, pero a su manera también asombrosa.

5 de julio. Me despierto en nuestro apartamento de Bank Street, un piso superior de uno de los más impresionantes bloques del West Village. El espacio del otro lado en la cama se encuentra vacío: Pat se ha marchado temprano a su estudio de baile en Fulton Street a revisar los libros de contabilidad, atar cabos sueltos. Llevamos casados dos años y nuestra vida en común está todavía emergiendo de debajo del peso de los mundos separados que cada uno de nosotros trajo consigo.

Lo que traje yo, lo más palpable, fue mi hija adolescente, Sally, que, me sorprende un poco descubrir, tampoco está en casa. Son las ocho de la mañana, y el día está ya cálido y pegajoso. El sol comienza a atravesar el alquitranado tejado situado a menos de un metro encima de su cama elevada. Al aire acondicionado se le fundió el último fusible que le quedaba alrededor de la medianoche: Sally debió de sentir que tenía que escapar de aquí sólo para poder respirar.

Sobre el suelo de la salita, los restos de otra de sus movidas noches: un Walkman agrietado sujeto por una cinta adhesiva, media taza de café frío y el volumen encuadernado en tela de los *Sonetos* de Shakespeare que ha estado leyendo con detenimiento durante semanas, con creciente intensidad. Abriendo el libro al azar descubro

una deslumbrante maraña de flechas, definiciones, palabras rodeadas de círculos. El soneto 13 parece una página del Talmud, sus márgenes están tan atestados de comentarios que el texto original es poco más que una mancha en el centro.

Luego están los papeles con los poemas de Sally, compuestos de líneas que acuden a ella (así me lo describió hace unos días) como pájaros entrando por una ventana. Recojo alguno de estos pájaros caídos:

*Y cuando todo debería estar tranquilo  
tu fuego lucha por quemar un río de sueño.  
¿Por qué debería el gran aliento del Infierno besar  
lo que tú ves, amor mío?*

Anoche, alrededor de las dos de la madrugada, ella estaba en el sofá de pana escribiendo en su libreta al son de las Variaciones Goldberg tocadas por Glenn Gould una y otra vez en su Walkman. Yo había llegado tarde a casa después de celebrar la terminación de otro encargo como escritor *freelance*: aportar el texto para un vídeo de dos horas sobre la historia del golf, un deporte que nunca he practicado.

—¿No estás cansada? —pregunté.

Una vigorosa sacudida de cabeza, un gesto con la mano para que desistiera, mientras la otra, la que sostenía la pluma, se deslizaba más deprisa a través de la página. Hiriente rudeza. Pero lo que sentí realmente fue una punzada de nostalgia por aquel período de mi vida cuando hacía algo similar con los poemas de Hart Crane; mirar todas aquellas extrañas palabras procedentes del jazz, sumergirme en la pura (y para mí prácticamente carente de significado) energía de su lenguaje.

Vacilé en la puerta de la sala de estar, viendo que ella me ignoraba: sus casi almendrados ojos esclavos, su cabello, que, más que crecerle de la cabeza, le brotaba de ésta en un salvaje estallido ambarino; su hambre de lenguaje, de palabras.

Estas noches de estudio, estoy convencido de ello, son la liberación de unas frustraciones que han estado creciendo en ella desde el día, hace casi nueve años, que empezó la primaria. Debe de ser por la simetría, pero pienso en ese hecho como en el día en que se esfumó la infancia de Sally, como en el fotograma de una película muda donde la luz se encoge hasta un puntito en el centro de la pantalla. Pero eso era lo que parecía. No estaba aprendiendo a leer, sino que sus dificultades se estaban haciendo mayores. El alfabeto era un auténtico criptograma: la «R» podía ser una boca de dientes torcidos, y la «H», una silla puesta boca abajo. Tenía tanto éxito leyendo *El gato en el sombrero* como lo hubiera tenido analizando una tomografía axial computerizada. El truco del consenso, del significado compartido, sobre el cual se basa la mayor parte de los intercambios humanos, se le escapaba.

Me causaba dolor verla invadida por esa mirada acuosa, como si hubiera perdido su alegría. Y, sin embargo, las mismas palabras que sus ojos no eran capaces de descifrar en la página, su lengua, liberada de los símbolos fijos del lenguaje, las dominaba con una destreza que permitía retruécanos, recitaciones, discusiones, discursos, eso si se dignaba pronunciarlos... todo ello daba testimonio de una inteligencia sorprendentemente aguda.

Un día, cuando fui a recogerla a la escuela, la entrada estaba atestada de reporteros y periodistas. Una niña

de la clase de Sally había sido asesinada por su padre. Con un gran sobresalto, el crimen volvió a despertar en mí la fragilidad de mi hija de seis años, tanto más cuanto que el asesino, Joel Steinberg, y yo compartíamos una tosca semejanza física. Ambos éramos judíos askenazis... la misma coloración, la misma estatura, las mismas gafas. Desde un punto de vista tribal, me sentía implicado en el crimen, culpable por asociación. De la misma demoníaca manera que unos acontecimientos antaño inimaginables tienden inevitablemente a repetirse, sentí que Sally y yo habíamos sido arrojados a un nuevo nivel de peligro: en Estados Unidos, los bisnietos del violinista en el tejado estaban asesinando a sus hijas.

Me abrí camino a través de la aglomeración de informadores y encontré a mi pequeña de pie en medio de la multitud, de la mano de una compañera de clase. Un reportero había introducido un micrófono entre las niñas, tratando de sonsacar reacciones. Los ojos de Sally lo miraban inexpresivamente. Llevaba la chaqueta del revés y los zapatos desatados. El broche para el pelo le colgaba de la cabeza como un insecto que hubiera quedado prendido allí. Reuní a las niñas y les abrí un camino a través de la multitud.

Aproximadamente por aquella época la madre de Sally y yo nos separamos. Nos habíamos conocido en el instituto y nuestro divorcio fue como la excesivamente dilatada separación de unos mellizos: necesaria y desgarradora. Después del trastorno de aquellos meses, Sally y yo nos sentimos más cerca. Me convertí en su abogado, defendiéndola aburridamente ante sus maestros, los otros padres, los miembros de nuestra propia familia desconcertados por el abismo que existía entre la forma en que Sally y la mayoría de las demás personas veían el

mundo. «¿No es este abismo el lugar donde la imaginación prospera? —argumentaba yo—. ¿Acaso no es eso la expresión de su acceso a esa sublime región de la mente donde ninguno de nosotros llega nunca?»

—Eres tan brillante como los demás —le aseguré—. Tienes una inteligencia innata, está dentro de ti. Con el paso de los años, la vida cambiará, ya verás.

Y cambió. Acudimos a un centro de aprendizaje, a especialistas asequibles de un centro comunitario de Chelsea. Admitida en la Educación Especial, estudió sonidos verbales rudimentarios y números con la tenacidad de un erudito que tratara de aprender una lengua perdida. Parecía estar luchando en busca de capacidades internas, que morirían si ella no conseguía descifrar su código. Lo consiguió y, debido a la confianza que esto inspiró, fue devuelta a la «normalidad», un éxito del sistema. Aquí el camino se volvió otra vez duro, pero mi promesa de que, más tarde o más temprano, sus talentos dormidos cobrarían vida se había hecho creíble.

¡Y ahora estaba sucediendo! Bach, Shakespeare, el borboteante jeroglífico de sus diarios... Si se queda despierta toda la noche, es porque está saboreando cada minuto de victoria después de la dura prueba de estos años...

Salgo del apartamento y bajo por la escalera, cinco tramos a través de una serie de rellanos manchados de pintura que nadie en el edificio recuerda cuándo fue la última vez que se fregaron. 5 de julio. Fin de semana del Día de la Independencia. El Village parece un hotel del que la mayor parte de los huéspedes se han marchado. Aque-

llos de nosotros que quedamos sabemos quiénes somos: el músico, el corrector de pruebas, la dama del sombrero de paja con unas uvas de plástico que cuelgan de él y que rescata perros de la vecindad... Con sus dueños de vacaciones, las pulidas casas parecen comatosas. Bank Street ha sucumbido a un estado de esplendor a cámara lenta.

Me dirijo a la cafetería de Greenwich Avenue donde a Sally le gusta acudir por la mañana, y entonces casi choco con ella cuando da la vuelta a la esquina. Parece enrojecida, irritada, y cuando rutinariamente le pregunto cuáles son sus planes, se vuelve hacia mí con una mirada extrañamente violenta que me hace ponerme en guardia.

—Si supieras lo que está pasando por mi cabeza, no harías esa pregunta. Pero tú no tienes ni idea. No sabes nada sobre mí. ¿Verdad, padre?

Echa para atrás su pie calzado con una sandalia y suelta un puntapié a un cubo de basura cercano con tanta fuerza que su tapa cae al suelo con un sonido metálico. Un vecino del otro lado de la calle levanta las cejas como para decir: «¡Vaya! ¿Qué tenemos aquí?» A Sally no parece que le interese, ni que le importe. Hay algo extrañamente cinético en su presencia, aunque permanece quieta, mirándome con fijeza, los puños apretados. Su cara en forma de corazón está tan vívida que me alarma. Se me ocurre, y no por primera vez, que no entiendo nada a mi hija. Yo tuve cuatro hermanos, una pandilla de chicos medio salvajes. Mi padre se pasó la mayor parte de su vida vendiendo chatarra en un almacén cerca del muelle, en Brooklyn. En nuestro hogar, el lado femenino del mundo era casi inexistente.

Cuando se dispone a golpear otra vez el cubo, pongo una mano sobre su hombro para detenerla.

Con un gesto de irritación, me aparta.

—¿Te doy miedo, padre?

—¿Y por qué deberías dármelo?

—Pareces asustado.

Se muerde el labio con tanta fuerza que se hace sangre. Le tiemblan los brazos. ¿Por qué se comporta así? ¿Y por qué no deja de llamarme «padre» con esa tensa y falsa voz como si estuviera recitando unas frases teatrales aprendidas?

Nuestra vecina, Lou, se acerca con su tranquilo perro pastor. Una presencia bienvenida. El cariño de Lou por Sally data de hace casi diez años, cuando descubrió el instintivo sentimiento de la niña hacia los seres vulnerables de este mundo. Cuanto más desvalida era una persona, más le entregaba Sally su corazón, sentándose con víctimas de apoplejía y de Alzheimer delante de la Residencia del Village, o entregando un pedazo de pizza al borracho tendido en la Séptima Avenida. Sus mayores simpatías las reservaba para los bebés. Un crío, para Sally, era un objeto de reverencia. Era como si comprendiera cuán fácilmente podía ser destruida su vida, en algún acuoso momento previo a la creación de la memoria quizá, cuando, a un nivel molecular, se forma el temperamento que determina el destino. Si se daba el caso, sostenía a un recién nacido en sus brazos durante horas. Era una afinidad que a veces me producía preocupación, como si lo que ella veía realmente en aquellos bebés fuera la clave de alguna fugitiva fuerza en sí misma que ella necesitara agarrar y reparar.

Lou no reconocía nada de eso.

—¿Sabes qué es la felicidad? Bueno, la tienes en esa

niña. Es una donante, Michael. En un mundo lleno de cabrones e imbéciles, ella da.

Ése es el motivo por el que la conducta de Lou ahora resulta tan desconcertante. Nos hace un gesto con la mano desde la calle. Se acerca a menos de tres metros y se detiene en seco. Capta una visión de Sally, tiende las manos como si quisiera protegerse de algún espíritu maligno, da un tirón a la correa de su perro pastor y se marcha apresuradamente.

Su huida me deja pasmado. Sin embargo, Sally no parece desconcertada. Sus generalmente cálidos ojos castaños están vidriosos y oscuros como si hubieran sido cubiertos por una capa de laca. La falta de sueño, me imagino.

Le pregunto si se encuentra bien.

—Estoy estupendamente.

Y yo pienso: «Lou debe de haber creído que estábamos teniendo una discusión y no quería inmiscuirse.»

—¿Estás segura? Porque pareces muy tensa. No has dormido, y apenas te he visto comer en toda la semana.

—Estoy bien.

—Quizá deberías tomártelo con calma esta noche, y dejar a Shakespeare por un tiempo.

Ella aprieta los labios con fuerza y asiente con la cabeza temblorosamente.

Por la tarde, me encuentro con un amigo que ha venido de visita a la ciudad. Charlamos y tomamos unas copas, y, camino de nuestra cena, pasamos por delante de casa, en Bank Street. Hay un coche de la policía aparcado en doble fila frente al edificio, sus luces de identificación apagadas. Reina una atmósfera de tranquilidad tan gran-

de en la calle que ni se me ocurre que algo puede ir mal. Una noche pacífica, los polis deben de estar escaqueándose de su trabajo; o han pasado por casa del tipo cuyos dobermans constituyen una perenne fuente de quejas de los vecinos.

Continuamos hacia el restaurante donde Pat está esperándonos, en una sala llena de mesas vacías, cada una de ellas provista de una taza con una vela en su centro.

Durante la cena, Pat y nuestro amigo encuentran un terreno común: ambos tienen una hermosa e ingobernable hijastra. Los dos tienen historias que contar: teatrales amenazas de suicidio, jarras de café derramadas, el cuchillo de sierra del pan que rebanó una mano.

—La hija de mi esposa es el amor de su vida —bromea él—. Yo soy sólo el amante.

Pat asiente enfáticamente.

—Es como vivir un mal cuento popular. La malvada madrastra. La última de la fila en cuanto al afecto, y la primera en ser demonizada, rechazada.

De hecho, casi todo en la relación de Pat con Sally contradice el cliché de malvada madrastra. Sufre horriblemente por culpa de las tareas escolares de la niña, vive a merced de sus estados de ánimo, y la aconseja sobre la potencial catástrofe de realizar prematuramente su condición de mujer, advertencias que Sally está ansiando oír incluso mientras finge una resistencia simbólica. Nada de esto, sin embargo, ha podido resolver uno de los continuos dramas de nuestro hogar: la negativa de Sally a creer que la devoción que Pat muestra hacia ella es sincera. El obstáculo, tal como lo ve Sally, es que Pat nunca la querrá como a una hija biológica... físicamente, emocionalmente, nunca. Ella es extraña al

cuerpo de Sally, y por lo tanto extraña a su corazón. Nuestros argumentos en contra (que el cordón umbilical no es la única vía de cariño maternal; que el vínculo entre ella y Pat es tanto más fuerte por cuanto ha sido forjado por la circunstancia real de su vida, y, finalmente, que ella tiene ya una madre biológica) sirven sólo para aumentar la tristeza de Sally.

—No me vengáis con sandeces, ni lo intentéis —dice bruscamente—. Es una ley natural.

Después de la cena, damos un paseo de tres minutos hasta Bank Street, donde nos despedimos de nuestro amigo y empezamos a subir por las escaleras.

Sally está dormida en su cama, con un aspecto más tranquilo del que tiene desde hace días. Sus pintados deditos de los pies cuelgan del borde de la cama, y su pie derecho —con el que golpeó el cubo de la basura esta mañana— está ligeramente hinchado.

A su lado se encuentra su amiga Cass, también dormida, que está pasando la noche en casa, y que suda ligeramente.

Me dirijo a la cocina y observo que los cuchillos no se encuentran en su lugar habitual en la encimera. Han sido trasladados al estante más elevado, detrás de una serie de platos que rara vez se usan, cada hoja en su ranura del taco de madera, los negros mangos vueltos hacia la pared.

Trato de encontrarle sentido a esto, cuando Pat dice: —Hay una nota que dice que llamemos a Robin.

Robin es la madre de Sally. Nacida y criada en Nueva York, varios años después de nuestra ruptura renunció a la ciudad para ir a vivir con su nuevo marido en un remoto lugar de Vermont. Nuestro arreglo con los niños se decidió según los sexos: Sally iría con su madre para

asistir a un instituto en el campo, mientras su hermano mayor Aaron se quedaba en la ciudad conmigo. En una pequeña escuela rural, confiábamos, a Sally podría irle mejor que en Nueva York.

Pero las cosas no fueron así. En la escuela ella se sintió nuevamente inadaptada, y su relación con Robin, siempre difícil, fue empeorando. Cuanto más la desafiaba Sally, más pasiva se volvía Robin. Por incomparecencia del adversario, Sally «ganó» todas las batallas (sobre dinero, hora de volver a casa, etc.) hasta que no quedó nada por lo que luchar, y ella estaba desesperada por ser rescatada de su propia y aterradora precocidad. Robin estaba exhausta, desorientada, en un estado de perpetua rendición. Y sin embargo, cuanto más insustanciales se volvían sus peleas, más ferozmente las luchaba Sally, castigando a su madre por otorgarle la libertad que ella pedía, a la vez que constantemente exigía más libertad, más poder, *más...* peleando, de hecho, por su propia infelicidad. Inevitablemente, Sally se juntaba con pandillas de chicos mayores: coches oxidados, canciones sobre metal y carne retorcidos, pistas de tierra que no conducían a ninguna parte. Su ombligo se volvió negro cuando se lo atravesó con una aguja de coser, evidentemente un *piercing*. A los trece años, después de estar dos en Vermont, regresó a Nueva York con Pat y conmigo.

Marco el número de Robin.

—La policía llevó a Sally a casa esta noche —dice.

Y todo se pone en su lugar: el coche patrulla estaba aparcado fuera por Sally. Los polis estuvieron aquí en el apartamento, poniendo los cuchillos fuera de su alcance, en el mismo momento en que mi amigo y yo pasábamos ignorantes por delante de la casa.

—¿Hablaste con ellos?

—¿Con la policía? Sí. Hablé con ellos. Sí, lo hice. Dijeron que Sally y Cass estaban en la calle comportándose locamente, y decidieron que las chicas estarían mejor en casa.

El mensaje de Robin es claro: «Me criticas por mi manera de cuidar a mi hija, pero tú necesitas el departamento de Policía de Nueva York para hacer de papá.»

Hablamos un poco más y se nos agotan las cosas que decir. Tras una pausa, Robin deja escapar una risita susurrada, extrañamente seductora.

—¿Michael?

—Sí.

Silencio, durante el cual puedo oír la vibrante quietud de su granja a través del cable. Me imagino la escena: velas perfumadas, fotografía enmarcada de su gurú, libros sobre el mejoramiento del alma. Otro mundo.

—¿Hay algo más que deba saber? —pregunto.

—Realmente no. Sólo que... Te libero, Michael. He estado deseando decirte esto, y pienso que ahora es el momento. Te libero. Y te bendigo con toda mi alma.

A la mañana siguiente Sally tiene la mirada aturdida de alguien que acaba de salir indemne de un accidente de coche. Al preguntarle sobre la noche anterior, se desploma sobre el sofá y aprieta la parte inferior de la palma de las manos contra sus ojos.

Me vuelvo hacia Cass, que trata de calzarse sus botas militares y que está ansiosa por marcharse. Evita mirar a Sally, y tampoco me mira a mí, desviando mis preguntas con una serie de gruñidos y encogimientos de hombros.

Con algo más de delicadeza, Pat consigue relajarla

hasta que la muchacha nos cuenta, si bien algo inconexamente, lo sucedido. Ella y Sally habían salido a pasear. Sally se puso a hablar muy deprimida, tratando de comunicar algo extrañamente urgente, pero enfureciéndose con Cass cuando ésta la interrumpía o no la comprendía. «¡Te enseñaré a qué coño me refiero!», gritaba con toda la fuerza de sus pulmones, y empezó a detenerse cuando pasaban por Hudson Street, agarrándola por los brazos y sacudiéndola. Cuando un hombre maldijo a Sally y la apartó de su camino, Cass comprendió que no se trataba de una broma. Empezó a suplicar a Sally que acabara con aquello cuando Sally huyó hacia el medio del tráfico, embistiendo a los coches que venían, segura de que podía detenerlos en su camino. «La arrastré hasta la acera, no sé cómo no la mataron. Y cuando vinieron los polis, la emprendió con ellos. De la misma manera. Toda esa absurda mierda.»

Sin despedirse de Sally (la cual, de todas maneras, no muestra ningún signo de que sea consciente de su existencia), Cass sale arrastrándose del apartamento y empieza a bajar por las escaleras.

La sigo hasta el rellano, con un montón de preguntas. La respuesta me llega por sí sola, con la fuerza de una solución total. Drogas. Ácido. Éxtasis. Como mínimo alguna hierba alucinógena que corre por ahí.

Presiono a Cass para que lo admita.

Pero todo lo que hace ella, sin embargo, es lanzarme una mirada implorante.

—No tomamos ninguna droga. ¿Puedo irme a casa, por favor?

En el apartamento, Sally sigue tumbada sobre el sofá, ausente, inerte. Me siento a su lado, le cojo la mano, me concentro en ello. Pronuncio su nombre en voz alta, no

dirigiéndome exactamente a ella, sino como para mantener un delgado hilo de comunicación entre nosotros.

No hay respuesta.

—Quizá le ha salvado la vida a Sally —dice Pat refiriéndose a Cass.

Pero ¿por qué hubo que salvarle la vida a Sally?

De repente, mi hija se aparta bruscamente de mí, se pone en pie de un salto y empieza a pasear por el apartamento. Está temblando, no como alguien que tuviera mucho frío, sino con un intenso temblor interno de su ser. Y está hablando, o más bien, expulsando palabras de su boca como un tendero expulsaría por la puerta el polvo de su tienda con una escoba. Hay gente esperándola, dice, gente que depende de ella, en el Café del Sol, un lugar sagrado de luz; no puede defraudarlos, debe ir con ellos ahora...

Inicia una carrera hacia la puerta.

Yo me coloco ante ella, y Sally me empuja contra la pared. Su fuerza es sorprendente: un metro sesenta y tres, quizá cuarenta y cinco kilos, enormes rachas de energía zumbando a través de ella como una tormenta. Derribándome al suelo, me quita las gafas y me araña la cara hasta hacerme sangre. Pat chilla y corre a ayudarme. Superada por los dos, el tenso alambre de su cuerpo se afloja. Consigo liberarme del cuerpo a cuerpo, sin dejar de vigilar la puerta, y ella se escabulle de entre nosotros y se retira al lado opuesto del apartamento.

Se sienta en el suelo, bajo una ventana, y nos miramos mutuamente, jadeando, como animales a través de una jaula.

Recobrando su compostura, Pat se desliza a su lado.

—¿Quién te está esperando, Sally? ¿Qué quieres decirles?